

7 de septiembre: D. 23 del tiempo ordinario / C **Otros materiales:**
14 de septiembre: Exaltación de la Santa Cruz El sentido original
21 de septiembre: D. 25 del tiempo ordinario / C de peregrinar
28 de septiembre: D. 26 del tiempo ordinario / C

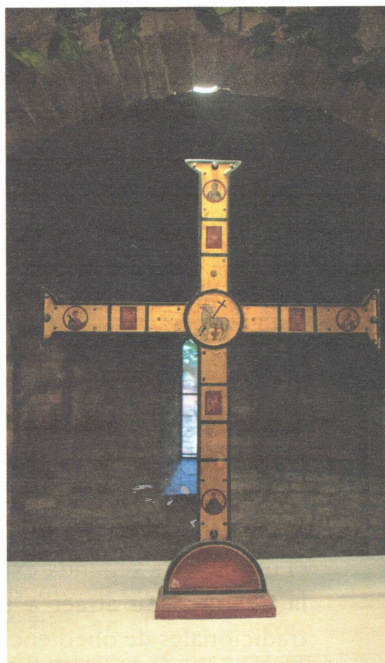
La Cruz, símbolo de los cristianos

De los cuatro domingos del mes de septiembre hay uno, el segundo (14 de septiembre), en el que la fiesta de ese día concreto pasa a ser una celebración dominical: la Exaltación de la Santa Cruz.

Más que vivirlo como un inconveniente o un estorbo, merece la pena celebrarlo como una gran oportunidad. Puede ser una ocasión, fuera de la Semana Santa, para profundizar en el símbolo de los cristianos, el logotipo que nos identifica, el lugar donde Dios, a través de Jesús, más nos ha amado y nos ha salvado.

Exaltación, en este caso, quiere decir veneración. Los primeros cristianos tardaron mucho en dejar de concebir la cruz como un instrumento de tortura y de ejecución para pasar a ser un precioso símbolo religioso. En el evangelio de aquel día, el diálogo de Jesús con Nicodemo (Jn 3,13-17), se nos recordará que «Moisés elevó la serpiente en el desierto» así como Jesús empezará su *elevación* en la Cruz.

El domingo anterior, el 7 de septiembre, XXIII del tiempo ordinario, ya nos prepara para ello: en el evangelio (Lc 14,25-33) Jesús nos invita a seguirlo en la cruz: «Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío», y nos invita también a la renuncia de los bienes. En los otros domingos sucesivos veremos la parábola del administrador astuto (Lc 16,1-13) y la parábola del rico y del pobre Lázaro (Lc 16,19-31). Podemos hilarlos bien.



Francisco y la liturgia

«Apaciguar la guerra litúrgica». Este es uno de los dosieres calientes que tendrá que afrontar el papa León XIV, según el diario francés *Le Journal du Dimanche* (11/05/2025), que se hacía eco del malestar existente en los sectores eclesiales más tradicionales a raíz de la publicación por el papa Francisco, en el 2021, de la carta apostólica *Traditiones custodes*. En este documento, el Papa argentino restringía las condiciones para las celebraciones litúrgicas con el *Missale Romanum* de 1962, excluyendo las iglesias parroquiales como lugares para hacer este tipo de celebraciones —que el obispo diocesano se encarga de regular— y pidiendo que las lecturas se proclamen en lengua vernácula. Benedicto XVI, en el Motu propio *Summorum Pontificum* de 2007, había admitido dos expresiones de la *Lex orandi*: la ordinaria (Misal de Pablo VI) y la extraordinaria (Misal de Pío V y después de Juan XXIII), y daba ciertas facilidades para el uso de esta segunda expresión con la voluntad de atraer a los sectores tradicionales de obediencia *lefebvriana* o afines.

Ahora los grupos más favorables a la misa en latín esperan que el nuevo Papa vuelva a la normativa establecida por Benedicto XVI. Lo sintetiza así el escritor y periodista Jean Sévillia en la mencionada edición de *Le Journal du Dimanche*:

Las decisiones adoptadas por el papa Francisco frente a la liturgia tradicional latina han dejado una herida, especialmente en los fieles que están adheridos a ella. Ciertamente, estos últimos solo representan una minoría a nivel de Iglesia universal, pero su fidelidad no merece ser sancionada. ¿Por qué tolerar la coexistencia de múltiples ritos orientales —plenamente reconocidos— marginando el rito latino antiguo, pero arraigado en la historia de la Iglesia? Retomar el impulso de reconciliación entre las formas litúrgicas iniciado por Benedicto XVI aparece como una obra esencial para apaciguar las divisiones y honrar la diversidad legítima de las expresiones de la fe católica.

Habrà que ver, pues, cómo afronta el papa León, canonista y hombre de equilibrios, esta cuestión delicada, la de la regulación del uso del Misal de 1962.

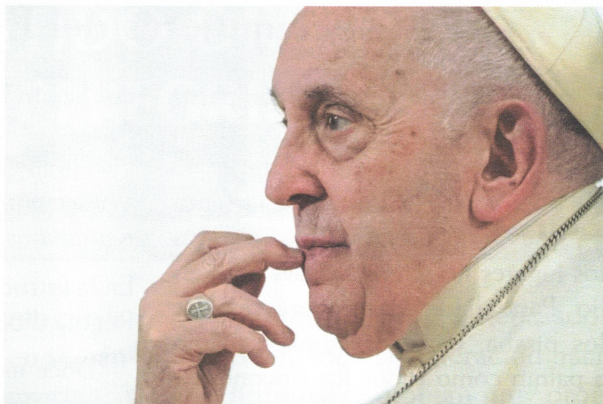
Pero la aportación de Francisco en el ámbito litúrgico no se limita a *Traditiones custodes*. Ya en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, trataba ampliamente el tema de la homilía (núms. 135-144) y el de la preparación de la predicación (núms. 145-159).

En la misma línea de acentuar la necesidad de una buena preparación en el terreno litúrgico hay que situar la carta apostólica *Desiderio desideravi*, de 2022, sobre la formación litúrgica del Pueblo

de Dios. Francisco ofrece «algunos elementos de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana» (núm. 1). El Papa hacía la distinción (en el núm. 34) entre una formación para la liturgia (funcional) y una formación desde la liturgia (esencial). La primera se encuentra al servicio de la segunda y tiene como objetivo difundir «fuera del ámbito académico, de forma accesible» los resultados de la búsqueda en este campo, «para que todo creyente crezca en el conocimiento del sentido teológico de la liturgia» (núm. 35).

En el campo litúrgico, Francisco «regularizó» una práctica ampliamente extendida: el acceso de las mujeres a los «ministerios estables de lector y acólito, a través del rito litúrgico previsto». Lo hizo con la carta apostólica en forma de Motu proprio *Spiritus Domini*, de 2021.

En el transcurso del pontificado de Francisco se publicó, en 2021, la Declaración *Fiducia supplicans* sobre el sentido pastoral de las bendiciones. Se trata de un documento del Dicasterio para la doctrina de la fe, firmado por su prefecto, el cardenal Víctor Manuel Fernández, y por Mons. Armando Matteo, secretario de la Sección



Doctrinal. Este texto, aprobado por el Papa, contempla la posibilidad de bendecir a las parejas en situación «irregular», incluyendo las que están formadas por personas del mismo sexo. El documento fue objeto de polémica dentro del episcopado, especialmente en África, y también fue contestado por sectores tradicionalistas.

Otro ámbito no estrictamente litúrgico, pero que tiene una vinculación con él, es el de la religiosidad popular, de la cual Francisco subrayaba la «fuerza evangelizadora» en *Evangelii gaudium* (núm. 122). Él mismo quiso hacerse presente en un congreso sobre esta temática en el área del Mediterráneo en Aiacciu (Córcega) en diciembre de 2024.

En general, Francisco enfocó las celebraciones litúrgicas que presidió priorizando la simplicidad. También determinó que se simplificara el rito de las exequias papales.

JOSEP CASELLAS

Las doce mujeres del Evangelio

Hace ocho años pude compartir con Regina (monja del Monasterio de San Benito de Montserrat) una memorable peregrinación a la tierra de Jesús de Nazaret. Conocía todos los lugares de referencia del evangelio. Para ella era la primera vez que los pisaba, pero los conocía palmo a palmo como todos los rincones de Montserrat. Contemplaba y corregía con delicadeza lo que la guía profesional nos relataba. Había seguido todas las investigaciones y descubrimientos de los últimos años. Qué alegría escuchar sus palabras sabias y apasionadas. Todos los sitios y todas las piedras hablaban de la vida y de las palabras de Jesús. Y, con motivo de sus noventa años, como si de una última promesa se tratara, nos regala estos tableros de cerámica donde retrata a doce mujeres del evangelio acompañadas de un libro, explicando lo que significan cada una de ellas y el mensaje que traen como testimonios vivos. El arte, la belleza y el conocimiento bíblico de tantos años de estudio y contemplación la convierten en una obra póstuma, que viene a ser su testamento íntimo, poco antes de su traspaso.

Regina tiene los colores y la mirada de esta docena de mujeres, un mosaico de la mujer creyente a menudo invisibilizado. Ella es la mujer que completa este retrato caleidoscópico.

Según la abadesa, Maria del Mar Albajar, «Jesús conoció en ellas una vida plena, las amó, las alabó, se dejó ayudar por ellas y de ellas aprendió. Regina nos invita a hacer lo mismo».

En la introducción del libro, la propia Regina dice:

Doce mujeres que me gustaría que tomaran relieve y color.

Tengo la impresión de que han sido poco resaltadas, y puede ser importante destacar su significación y mensaje dentro de nuestra Iglesia y también, y mucho, dentro de nuestra sociedad. En el contexto judío de la época —añade— el rango de los valores ponía al hombre en un primer lugar y excluía, después, a los animales y, finalmente, a las mujeres, que solo servían para tener hijos. Y aún en épocas más recientes, para los judíos ultraortodoxos, los maridos se pueden dedicar a estudiar la Torá, a tiempo completo, mientras que las mujeres trabajan para mantener a la familia. Quizá así se puede entender mejor el trato revolucionario de Jesús con las mujeres.

Los doce paneles de cerámica

1. La suegra de Pedro. Mc 1,29-31. Servir con alegría. La mujer que se pone a servir como ejemplo de vida.
2. La viuda pobre. Mc 12,41-44. Da todo lo que tenía para vivir.

An aerial photograph of St. Peter's Basilica in Rome, Italy, showing the large elliptical dome and the surrounding cityscape with red-tiled roofs and distant hills under a cloudy sky.

EL SENTIDO ORIGINAL DE PEREGRINAR

La palabra **peregrinar**, junto con las que tienen el mismo origen semántico (*peregrinación*, *peregrino*...), tiene un significado básicamente religioso. Quiere decir la ida a un lugar santo. Quizá porque en el imperio romano *peregrino* designaba a alguien que no tenía ciudadanía plena, la palabra ha sido asociada a las personas en situación inestable como sinónimo de *desvalido*, *indomiciliado*, *vagabundo*; en una palabra: *pobre*. La transposición ha sido fácil: peregrinar conlleva una dosis de austeridad: no estar en casa.

Peregrinar se da en todas las religiones, y el cristianismo en este campo, como en tantos otros, ha sido heredero del pueblo de Israel, que vio el éxodo como una peregrinación a la tierra prometida y, una vez edificado el templo, este fue objeto de peregrinajes bien programados.

Los cristianos siempre tuvieron veneración por los **lugares sagra-**

dos santificados por antepasados. Aparte de toda la veneración hacia los difuntos, se dibujan muy pronto tres grandes centros: Tierra Santa (por razones obvias), Roma (por los sepulcros de los apóstoles y de los mártires) y, ya en la Edad Media, Compostela, lugar del supuesto sepulcro de Santiago el Mayor.

Es también en la Edad Media que se convierten en **lugares de peregrinaje** los santuarios enriquecidos con milagros, como el de san Martín en Tours, y qué decir de muchos lugares de veneración de la Virgen. Más aún, los milagros eran el principal polo de atracción de estos lugares sagrados. Se narraban sus circunstancias, se instaba a la gente a peregrinar; el renombre adquirido de estos santuarios milagrosos hacía que en varios lugares del mundo se construyeran templos, no solo con la reproducción de la imagen venerada, sino incluso a veces con la reproducción del

contexto geográfico y arquitectónico (grutas de Lourdes, oratorios de Schönstadt...).

Por extraño que parezca a primera vista, el peregrinaje fomentaba **recorridos largos**: por el camino, las cruces de término, los padrones, los templos dedicados al patrón o patrona del peregrinaje iban acercando al peregrino a la meta hacia la que se encaminaba.

Una mención aparte merece el camino de Santiago, por haber creado todo un mundo lleno de arte y de cultura, quizá el más emblemático. No digamos también lo que han representado para Roma los años jubilares a partir del que convocó Bonifacio VIII para 1300. Siempre sobre el sustrato bíblico de la espiritualidad del jubileo, el cristianismo ha fomentado, junto con la devoción popular, el sentido de justicia social y el arrepentimiento de los pecados.

Con todo el cojín cultural que representa la Edad Media, podemos comprender, por poner un ejemplo singular en el que conviene detenernos, el peregrinaje de **Ignacio de Loyola**. Es un personaje a caballo entre la Edad Media y la

Moderna. Abandonando el ideal combativo, pero arraigado en el contexto caballeresco en el que vivía, emprende el camino a pesar de las secuelas de salud que le dejará el asedio de Pamplona: puede más el cambio sucedido durante la convalecencia. Él no solo va a dos santuarios marianos (con el propósito remoto de ir a Tierra Santa), sino que el itinerario es una revisión de vida a fondo, con el deseo de conversión y de buscar la voluntad de Dios. Su opción es muy diferente de la de los contemporáneos que todo lo centraban en la obtención de indulgencias y que hicieron estallar la crisis de la reforma protestante.

Cuando san Ignacio deja Loyola, se convierte en *peregrino*, palabra que, en la tradición ascética, designa el exilio voluntario de quien va a una tierra extranjera. La cosa venía de lejos, porque el Antiguo Testamento daba sentido a una vida nómada cuando se trataba de **seguir la llamada de Dios**. Ignacio no sería el primer caso ni sería el último. Ya san Antonio, llamado corrientemente padre de los monjes, se había adentrado en el desierto y de esta manera hacía

la experiencia de que el cristiano es un exiliado en este mundo. Está claro que pasar por lugares santos haciendo el «nómada» podía crear abusos: san Benito ya fustiga a los monjes giróvagos «que se pasan la vida viviendo en diferentes provincias, hospedándose tres o cuatro días en distintos monasterios. Siempre vagabundos, nunca permanecen estables. Son esclavos de sus deseos y de los placeres de la gula» (RB 1,10-11).

Pero en la Edad Media se dio el fenómeno de los que viven el ideal de «peregrinar por Dios». Entonces y ahora, el sentido de la precariedad del mundo presente, si es asumido responsablemente, abre a la perfecta disponibilidad a la voluntad divina. Muchas veces la vida de los santos no es otra cosa que una sarta de vicisitudes a través de las cuales van fallando todas las previsiones humanas y el protagonista se va adaptando con el espíritu de fe a la nueva situación. En el fondo, el santo es un aventurero.

La aventura de cada uno, su peregrinar, lo que constituye su itinerario cristiano, solo lo puede decir la fe. Y lo dice. Si alguien no vive el cristianismo como un «peregrinar por

Dios» es que su fe es débil. Es que aún no ha dicho de todo corazón aquel: «¿Qué debo hacer, Señor?» (cf. Hch 22,10), que se encuentra en el origen del itinerario de san Pablo y de aquellos que se acercaban al Bautista con idéntico espíritu de conversión y con el mismo sentido de disponibilidad (cf. Lc 3,10-14). Todos ellos seguían el ejemplo de Jesús, que buscó continuamente la voluntad del Padre y, para obtenerlo, dedicaba largas noches a la oración (cf. Lc 6,12; 21,37).

Es interesante, mirando un poco por encima la historia, que, tras siglos de debates apologéticos, en la época contemporánea encontramos el nacimiento de **nuevos objetivos de peregrinaje**, como pueden ser los fenómenos de Lourdes y de Fátima que, además del aspecto devocional, ponen el acento en la caridad hacia los enfermos y los más desvalidos. Aparte del mundo de la América Latina, donde la Virgen de Guadalupe es una teología de la liberación «*avant la lettre*», que mantiene un pulso de religiosidad y de transmisión evangelizadora.

No deja de ser curioso (no querría banalizar con este adjetivo la reali-

dad) que, después de los esfuerzos purificadores del **Concilio Vaticano II**, no exentos de cierto toque elitista, nazcan un poco al margen de las instancias oficiales nuevos impulsos de religiosidad popular. No me refiero a las «apariciones» tronadas que, a pesar de hacer cierto ruido, terminan disipándose. Más bien pienso en situaciones en que el peregrinar toma unas formas distintas de las de los santuarios clásicos.

Se me vienen dos a la cabeza, muy conocidas. La primera es el –ya lo podemos llamar santuario– de Medjugorje. Los orígenes son oscuros y algunas opciones doctrinales son muy discutibles (¿por qué el Dicasterio de la Fe acude a los ininterrumpidos «mensajes de la Virgen María»?). Pero la afluencia de peregrinos es muy notoria.

La otra situación es el fenómeno Taizé. No es un santuario, pero es conocido como lugar singular de peregrinaje. ¡Curiosamente, la pequeña procesión que hicieron en el aniversario de la muerte del hermano Roger la llamaron «*pèlegrinage*»!

Aún añadiría una tercera situación. El interés por el camino de

Santiago, que ha visto estos decenios un notable resurgimiento, y que en cierta medida ha contribuido a crear el camino ignaciano, que va de Loyola a Manresa.

Por más vueltas que dé al mundo, la profundización del Nuevo Testamento lleva a **considerar a toda la vida cristiana como un peregrinar**. Invita a ello un pasaje notorio de la Carta a los Hebreos (13,14): «Que aquí no tenemos ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura». Es en este contexto que la constitución *Lumen gentium* del Vaticano II sacó todo el jugo de la afirmación de san Agustín: «La Iglesia “va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” anunciando la cruz del Señor hasta que venga» (8). Y así pudo dedicar todo un capítulo a la «Índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial» (VII).

Por tanto, peregrinar ya no es simplemente un hecho de devoción, sino que es una actitud vital de cada cristiano y una manera de entender la Iglesia. Aquella austeridad mencionada al inicio también indica cómo debe ser la actitud de la comunidad cristiana en el mundo.



Las 12 mujeres del Evangelio, cuadros de gres
elaborados por el Monasterio de San Benito de Montserrat

3. María, llena de Dios, que ha recibido la misión de una maternidad universal, Lc 1,26-38. Magnificat. Lc 1,46-55. Aquí tienes a tu hijo. Jn 19,25.
4. Isabel. Lc 1,39-45. ¿Quién soy yo?, pregunta, sintiendo la grandeza del Hijo de María.
5. Magdalena. Lc 8,2 y Jn 20,1-18. Apóstol de los apóstoles.
6. La samaritana. Jn 4,5-42. La extranjera invitada a ser apóstol de sus conciudadanos. Adora en Espíritu y verdad.
7. La cananea, maestra humilde de Jesús. Mt 15,21-28. La extranjera se abaja y Él la pone como modelo.
8. La mujer libre y liberadora. Mc 5,25-34. Es una mujer que provoca la liberación de todas las impurezas.
9. Marta acoge a Jesús. Lc 10,38-42. Marta es una mujer práctica, no basta con las palabras.
10. María escucha a Jesús. Lc 10,38-42. Nada le importa tanto como saber qué piensa, qué dice, qué es, lo que desea.
11. La mujer redimida. Jn 8,1-11. La mujer que Jesús redimió, que rescató.
12. El Evangelio viviente. Mc 14,3-9. Mientras los demás la critican, Jesús dice que eso es el Evangelio.

Las mujeres juegan un papel clave en la historia de Jesús y en las primeras comunidades cristianas, muy cercanas al Maestro y a los apóstoles. Lucas nos presenta a mujeres como las que permanecen al pie de la cruz y como las primeras a descubrir la resurrección (Lc 23,49; 24,1-10), a pesar de que los discípulos inicialmente no crean en su testimonio. He aquí cómo este regalo de final de trayecto de la hermana Regina Goberna, artesana, artista, contemplativa y mística, nos adentra en el evangelio con una nueva perspectiva. Gracias.

JOSEP M. FISA

La Exaltación de la Santa Cruz

El descubrimiento de los lugares santos, a principios del siglo IV dC, donde Jesús, el Señor, vivió los acontecimientos centrales de su vida, influyó poderosamente en la piedad cristiana, promovió en gran medida los peregrinajes a Tierra Santa e incidió también en la aparición de algunas fiestas del calendario litúrgico. Es el caso de la Exaltación de la Santa Cruz. En Roma ya se conocía, desde el siglo VI dC, una fiesta celebrada el 3 de mayo por el Descubrimiento (*Inventio*, encontrar o descubrir en latín se dice: *invenire*) de la Santa Cruz, fechado en el 335 dC y atribuido a santa Helena, madre del emperador Constantino. Aún en nuestros días algunas iglesias o catedrales dedicadas a la Santa Cruz celebran su fiesta ese mismo día. Naturalmente, una de las consecuencias del descubrimiento de la Santa Cruz fue su veneración como reliquia insigne de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Es significativo, en este sentido, lo que explica la peregrina Egeria en su relato de peregrinaje. No costó demasiado pasar de aquí a la fragmentación del *Lignum crucis* y a la expansión de los fragmentos por todo el mundo conocido. En el trasfondo de esta devoción a la Santa Cruz hay una evolución en su percepción. La cruz pasó de ser un instrumento de suplicio, cruel y vergonzoso por parte de los romanos, y como tal inexistente en la iconografía cristiana de los primeros siglos, a ser el trono desde el que Jesucristo expresó la plenitud de su realeza y

desde donde llevar a cabo la redención de la humanidad, y como tal se empezó a hablar de la cruz gloriosa, que encontramos representada en mosaicos y pinturas con ornamentos preciosos.

En la fiesta de hoy, la Iglesia se fija en la mediación material, la Santa Cruz, para hacer memoria del acontecimiento salvífico que en ella se produjo. «Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (antífona del cántico de los Filipenses a las I Vísperas). Por un mecanismo propio del espíritu humano, vemos y reconocemos en el elemento material (la cruz) lo que Cristo realizó en ella para nuestra salvación. Por eso el himno de Matines saluda a la *crux sancta* como gloria del mundo, como verdadera esperanza nuestra, como la que lleva alegría verdadera, signo de la salvación y portadora de la vida para toda la humanidad. La imagen de la cruz es la imagen del Cristo crucificado y resucitado, es la imagen del Inocente por antonomasia, que trae con Él la imagen de todos los inocentes de la historia. La dimensión escatológica también se hace presente en la fiesta de hoy. El evangelio de Juan, con el diálogo entre Jesús y Nicodemo, recuerda que «así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna». Y el responsorio de las I Vísperas canta: «Esta señal brillará en el cielo cuando venga el Señor. Alzad la cabeza: se acerca vuestra liberación».

IGNASI FOSSAS

Sana tradición y legítimo progreso en la reforma de la liturgia

La liturgia se compone de una doble realidad: por una parte, es invisible, inmutable y eterna; y por otra, humana, visible y cambiante. Es evidente que lo que le pertenece por institución divina es inmutable; no pasa lo mismo con lo que la Iglesia, realizando su actividad en el tiempo y en la tierra, ha instituido para revestir los elementos del culto divino con signos rituales que pusieran de manifiesto la riqueza y el sentido del misterio velado.

Esto último es precisamente lo que está sujeto a cubrirse con la pátina del tiempo, es decir, a envejecer, y puede por eso mismo someterse a revisión y puesta al día, para que también la expresión del culto siga progresando con los tiempos respondiendo a una época determinada. En un organismo vivo eso es una exigencia de vida. Pío XII, en 1947, lo afirmó con esta frase lapidaria: «La liturgia es algo permanente y vivo al mismo tiempo».

Era, por tanto, necesario realizar una revisión general de la liturgia para mantener su esencia, que es de institución divina, y reformar las partes sujetas a cambio y conservar elementos que «no responden bien a la naturaleza íntima de la misma liturgia o han llegado a ser menos apropiados» (*Sacrosanctum Concilium* 21).

La Constitución conciliar sobre la liturgia pidió, en su número 23, que en la liturgia se conservara la sana tradición y se abriera a un legítimo progreso. Esto es, que en la reforma litúrgica se mantuviera un equilibrio entre lo antiguo y lo nuevo, como el padre de familia que dice Jesús en el evangelio que de su tesoro va sacando cosas nuevas y cosas viejas (cf. Mt 13,52). «De tal manera, la Iglesia, que conservando “lo antiguo” es decir, el depósito de la tradición, permaneciendo fiel a su misión de ser maestra de la verdad, cumple también con su deber de examinar y emplear prudentemente “lo nuevo”» (*Ordenación General del Misal Romano* 15).

Con estos criterios, la actitud no podía ser más que esta: defensa sin claudicación de lo que es verdaderamente patrimonio intangible, por ser, en cierto modo, inherente a la naturaleza de los ritos; diligente y cuidadosa evaluación de los otros elementos, resultante de un estudio profundo, de la meditación y de la oración, para adecuarlos al presente para que la Iglesia de hoy, como en todo tiempo, pueda llevar a los creyentes con medios adecuados el mensaje de la salvación.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

La exaltación de la cruz

La cruz es la expresión suprema de la implicación de Dios en la historia humana, en lo más cruel y dramático de ella; y precisamente ahí se revela la impotencia de la historia de los hombres para llegar a la salvación como redención de las situaciones negativas y consumación de aquello que anhela como plenitud y vida lograda. Desde el punto de vista histórico, la cruz es la expresión de la debilidad, la impotencia y la incapacidad de la historia humana de realizar su propia salvación. Sin embargo, habitada por el Hijo de Dios, padecida y sufrida por él, es la expresión de la potencia y la sabiduría de Dios, como bien sabía san Pablo y expuso con pasión a los cristianos de Corinto (1Cor 1-2).

¿Cómo es posible que aquello que es el signo supremo del fracaso de la vida humana, en toda su crueldad y maldad, se haya convertido en el símbolo máximo del amor de Dios y de la salvación de los hombres? Al aproximarnos a este *misterio*, debemos tener en cuenta, en primer lugar, el escándalo y la necesidad del cristianismo a los ojos de los hombres cuando adoran a un Dios crucificado, ya que la cruz era en la antigüedad clásica el lugar supremo de castigo y de condena (*mors turpissima crucis*). Jesús no murió de forma natural con el sentimiento de una vida consumada y en estado de plenitud. Jesús fue ejecutado en una de las muertes más infames que conocemos, la muerte en la cruz, reservada a los esclavos, ladrones y criminales.

Sin embargo, el Nuevo Testamento entendió la cruz como el lugar de realización de la misión salvífica de Jesús en su anuncio de la llegada del Reino de Dios y expresión suprema del amor de Dios por nosotros (Rom 8,31-35). Jesús, aun siendo llevado a la muerte por manos de los hombres pecadores e incluso cumpliendo fiel y obedientemente la voluntad del Padre, no fue una marioneta inerte en manos de unos ni de Otro. Él se entregó libre y voluntariamente por nosotros y así convirtió su sacrificio en la expresión suprema del ejercicio de la libertad humana. De esta forma, un hecho criminal, fruto del pecado, de la violencia y del poder del mal, expresión del fracaso de la historia de los hombres, se ha convertido en acontecimiento de salvación y en modelo de vida para los seres humanos, especialmente para los que somos y nos llamamos cristianos, discípulos del Crucificado. En esto, decía Teresa de Jesús, consistía ser espirituales de veras: en ser marcados por el hierro de la cruz y hacerse servidores de los hombres, como Cristo lo fue de todos los hombres.

ÁNGEL CORDOVILLA

Centre de Pastoral Litúrgica

✉ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa 619 741 047

Director de la publicación: Jaume Fontbona

Año LVII

Suscripción anual: 110,00 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975